

El juego de la sombra

Parte I

2 de noviembre de 2007

Cuaderno azul

Ahora tengo dos diarios. El primero es una libreta de tapa dura y roja, como aquel en el que llevo escribiendo desde 1994 cuando tuvimos a Florian. Me regalaste el primer cuaderno para que plasmara mi primer año como madre. Fue un bonito gesto de tu parte. Desde entonces, he escrito en una agenda parecida. Guardo los diarios al fondo de un cajón en mi despacho, ocultos tras papel de regalo y lacitos. El último, el que te interesa ahora, está escondido al fondo de un archivador que guarda antiguos extractos bancarios y cheques sobrantes de cuentas ya cerradas, el tipo de papeles que ambos prometíamos destruir cada año pero que acabábamos archivando en carpetas. Después de una intensa búsqueda –sospecho–, has encontrado mi diario rojo. Lo has leído para averiguar si te estoy engañando.

El segundo diario, que podría llamarse mi diario verdadero, es el que estoy escribiendo ahora.

Hoy salí de casa y me dirigí a la sucursal del Wells Fargo Bank que está situada en el distrito residencial de Minneapolis, en los bajos de la Sons of Norway Hall. Dejé el coche en el aparcamiento para clientes, franqueé la doble puerta acristalada y bajé la escalera

de caracol hasta la recepción de las cajas de seguridad. Llamé a un pequeño timbre y apareció una mujer llamada Janice. Me ayudó a adquirir una caja de seguridad de tamaño mediano. Pagué en efectivo un año de alquiler y firmé la tarjeta de la caja de seguridad por triplicado para la comprobación de la firma. Cogí la llave que me tendió Janice. Juntó mi llave con otra y me condujo a la zona donde se encuentran las cajas. Después de sacar la mía de la pared, me hizo pasar a una de las tres pequeñas salas privadas; cada una contenía tan sólo una repisa a modo de escritorio y una silla. Cerré la puerta de mi cubículo y saqué este cuaderno azul de mi gran bolso de cuero negro que me regalaste por Navidad. Transcurrieron diez o quince minutos hasta que pude empezar. No sabría decir si lo que sentía era pánico, dolor o, posiblemente, alegría.

En cuanto el ruido del motor del coche de Irene se desvaneció hasta fundirse con el suave murmullo de la ciudad, Gil se incorporó. La toalla que utilizaba para cubrirse los ojos se deslizó de su rostro. Se tumbaba a menudo en el sofá de su estudio cuando necesitaba refrescarse los ojos, y a veces se quedaba traspuesto. Podía dormir incluso una hora, pero por regla general se despertaba sobresaltado al cabo de quince minutos, despejado y espabilado como si se hubiera dado un chapuzón en un gélido río subterráneo. Se sentó y buscó a tientas sus gafas, que a veces dejaba apoyadas de cualquier manera en el pecho. Efectivamente la montura metálica se había caído al suelo. La recogió y la ajustó detrás de las orejas. Su espesa mata de pelo le caía sobre la frente, se atusó el cabello hacia atrás, lo arregló y volvió a atarse su corta cola de caballo gris. Se levantó, se acercó al retrato de su mujer y lo observó. Tenía los ojos muy juntos, fríos, curiosos

y oscuros. Apoyó un nudillo en la barbilla. Sus delgadas mejillas estaban salpicadas de pintura amarilla.

Estudió detenidamente el parecido con Irene, después frunció el ceño y apartó la mirada, entrecerrando los ojos como alguien que no consiguiera distinguir una silueta a lo lejos. De pronto se inclinó hacia delante y añadió un par de tensas pinceladas. Retrocedió, envolvió el pincel en un trapo engrasado y lo guardó junto con la paleta en una bolsa de plástico con cierre de cremallera. Depositó la bolsa en un pequeño frigorífico. Abandonó el estudio y bajó las escaleras con premura hasta la cocina. Cogió del frigorífico la única lata de coca-cola que se permitía tomar al día. Mientras bebía el refresco a pequeños sorbos, siguió bajando hasta llegar al despacho que tenía su mujer en el sótano. Se dirigió directamente al archivador metálico de color arena y abrió un cajón donde podía leerse «Cuentas antiguas».

1 de noviembre de 2007

Diario rojo

Qué día más extraño, con la casa tan vacía y Gil en el piso de arriba rematando un cuadro indefinidamente. Sospecho que le cuesta pedirme que vuelva a posar para él. Flo y Stoney ya se han recuperado de la fiebre. Riel nunca se pone mala, pero lo está pasando mal este año en el colegio. Stoney está fabricando un juego de mesa para algún proyecto extraescolar relacionado con los hábitos de los osos negros. Muy típico de Minnesota. Creo que voy a enloquecer con lo que estoy haciendo.

Pensó sinceramente que podía sentir cómo le daba un vuelco el corazón al leer esas palabras. «Creo que voy a enloquecer con lo que estoy haciendo.» Apoyó la cabeza en el frío escritorio de roble de Irene, pero enseguida pensó, como siempre hacía cuando se topaba con alguna mención oculta al otro hombre: «¿Qué coño esperaba? Me he metido en esto yo solo. Me lo he buscado». Intentó controlar su reacción y se obligó a considerar otras explicaciones: es posible que se refiriera a su tesis de Historia. O a ese viejo ensayo sobre Louis Riel. Antes de tener a los niños, había publicado varios artículos que fueron considerados especialmente brillantes; era una estudiante muy prometedora. Su trabajo había incluido nuevos datos que arrojaban luz sobre el estado mental de Riel. Continuó trabajando después del nacimiento de Florian. Pero cuando volvió a quedarse embarazada, abandonó su investigación –aunque puso a su hija el nombre del depresivo patriota metis, un hombre con quien su propia familia tenía un lejano parentesco–. Riel tenía once años. Y ahora que Stoney estaba en primero de Primaria, Irene intentaba terminar su tesis doctoral para poder buscar un empleo. El tema de su tesis versaba sobre el pintor de retratos de indios norteamericanos del siglo diecinueve, George Catlin.

¿Tal vez sufría cierta frustración académica? Enloquecía con aquellos retratos torpes, repetitivos y sinceros de gente que poco después enfermaría y moriría. El mismo Gil no soportaba mirar los cuadros de Catlin. Su trágica ironía le escandalizaba. Y en cuanto a Irene, no dejaba de ser una mala excusa.

«Creo que voy enloquecer.» Pues mejor, eso demostraba que a Irene todavía le quedaba algo de conciencia. De algún modo merecía sufrir, en secreto, en su interior, más aún en público, por lo que les estaba haciendo a todos ellos. ¡Despreocupada, descuidada e imprudente! Se enfureció y golpeó la mesa con las manos. Unas gotas de coca-cola saltaron de la lata, pero ésta no se volcó. Apuró todo el refresco antes de dejar el diario exactamente de la misma manera en que lo había encontrado. Pensó en marcar el número del móvil

de Irene, pero no creyó que fuera a contestar. Irene no paraba un momento por las tardes y hacía miles de gestiones antes de recoger a los niños. Siempre regresaba con alguna prueba palmaria de lo que había llevado a cabo: una bolsa de provisiones, un barreño de plástico o recibos del banco. O hacía ejercicio: era fuerte y tenía una insolente confianza en su cuerpo. Estaba convencida de que podía hacer cualquier cosa. Era una magnífica nadadora. Por supuesto no había nada malo en ello. Muchos deportistas eran emocionalmente inestables. Sacudió la cabeza y cerró los ojos con fuerza.

Irene America era más de diez años menor que él y había sido la modelo de sus retratos a lo largo de todas sus encarnaciones: delgada y virginal, infantil, después femenina, embarazada, desnuda, en una pose recatada o francamente pornográfica. Había bautizado cada retrato con su nombre: *America 1*, *America 2*, *America 3*. *America 4* acababa de venderse por una cantidad de seis cifras. Ojalá se hubiese quedado con algunos de sus primeros y mejores retratos. Ahora se vendían a unos precios mucho más altos. Las series empezaban a adquirir fama, si no la tenían ya. Antes de Irene, había pintado paisajes, escenas de reservas indias que la gente comparaba con la obra de Hopper. Le habían llegado a llamar el Edward Hopper indio. Irritante. No había estudiado Bellas Artes, pero había leído mucho y pintado más; pintado y observado. Después, había vivido en Nueva York durante dos años, en los que había trabajado para galerías de arte y realizado instalaciones para otros artistas. Cada noche volvía a casa y se dedicaba a su propia obra. Durante un tiempo fue profesor en un pequeño instituto. Pero los estudiantes le habían parecido engreídos y prepotentes. No tuvo paciencia con ellos. Consiguió ahorrar un poco de dinero y empezó a pintar a tiempo completo. Sus cuadros se vendían. No miró hacia atrás. Tenía éxito, incluso cierta fama. Era un artista capaz de mantener a su familia con su trabajo: ya era algo. Pero ahora había perdido la confianza en sí mismo, y también el control. Sus cuadros le rehuían porque Irene ocultaba algo. Podía verlo en la opacidad de sus ojos, en la insolencia